



El lenguaje no es tan poderoso como Richard II cree. Shakespeare, una y otra vez, reitera su preocupación por esta nada y vaciedad del siglo lingüístico. El resultado es la consolidación de un superfluo y retórico simbolismo, donde no por mucho hablar, se dice mucho más. La gran obsesión de Richard es saber hasta qué punto el significante es real. Puede ser que en ocasiones el lenguaje sea tan sólo un medio de autotranscendencia social, lo que Eagleton llama «the transgressive power of language». Es lo que le sucede a Malvolio. Su facilidad verbal y elocuencia sobrepasan su status social de mero sirviente. Sin embargo así se crea un desajuste existencial de consecuencias imprevisibles entre la realidad social dada y la ilusión utópica creada. La palabra en este contexto seduce, pero lleva irremisiblemente a una situación de falsedad. Malvolio, como también Macbeth, quiere destruir los límites que separan la realidad de la utopía. Sus palabras, como las de tantos otros, son signos caracterizadores de la identidad personal intransferible. En *Twelfth Night* la función y la posición social, además del lenguaje, determinan las diferentes actuaciones y el comportamiento de los personajes.

La legalidad dentro del orden social establecido es el tema del capítulo tercero. La interpretación de la ley no es tarea fácil, puesto que el mantener un equilibrio entre el espíritu y la letra de la ley encierra no pocas dificultades. *The Merchant of Venice* puede servir de ejemplo. Shylock, metido en su afán de venganza, se atrinchera en su resolución, ateniéndose al espíritu que se encuentra en el verbalismo de su reivindicación, mientras que Portia se limita a defender un literalismo total. El problema que se

plantea es que la letra puede ahogar la sustancia, la significación auténtica y definitiva de la ley. La materialidad escrita puede oscurecer y contravenir el sentido y la finalidad, para la que fue promulgada. En el fondo Shakespeare es consciente de que algunos aspectos del actual humano escapan a una medida exacta y objetiva, porque todos compartimos unas necesidades y responsabilidades mutuas, consecuencia de nuestro mismo ser fáctico y material. Por eso la verdadera aplicación de la ley debe tratar de superar la tensión dramática que se da entre lo particular y lo general, lo subjetivo y lo objetivo, el espíritu y la letra, buscando un equilibrio entre las semejanzas y diferencias que se puedan presentar. La ley desde esta perspectiva podría calificarse de metafórica, puesto que, como ocurre con la metáfora, el significado que se le otorgue tendrá como referente el hecho concreto o bien será un rito de mera indiferencia y generalización. En *Measure for Measure* se encuentran estas dos opciones. Mientras que Angelo se decanta por la primera, Lucio lo hace por la segunda. En esta obra la ley a la vez que alimenta, el deseo, lo bloquea y prohíbe. Lo curioso y sangrante es que lo que más se desea, es lo más prohibido e inalcanzable. La intocable castidad de Isabella es lo que más atrae a Angelo. Prohibición y deseo no son únicamente dos polos opuestos, sino que son condicionantes mutuos. Lo prohibido es siempre lo más apetecible. Como su mismo título sugiere, se advierte en esta obra un gran interés por la problemática que se deriva de la consideración de la justicia como algo impersonal y aséptico que no tiene en cuenta las circunstancias específicas de cada caso y que ob-

viamente pueden ser decisivas para la formación del veredicto final. Pese a todo no se acierta a encontrar un equilibrio entre valor y situación y ambos continúan siendo dos realidades distintas e irreconciliables. La conclusión que se impone es que los humanos estamos condenados a sufrir irremisiblemente los efectos de esta tensión sin fin. En el fondo la duda de Shakespeare a este respecto es una versión anticipada de la postura de Bertolt Brecht, para quien sólo la persona que está en situación puede juzgar con toda objetividad, propiedad y conocimiento de causa. La ley, y según la apreciación de Eagleton, sigue el mismo mecanismo y se comporta del mismo modo que el dinero y el lenguaje. Se trata básicamente de un intercambio equivalente que actúa como factor estabilizador de las relaciones sociales. Ello explica el abtrusismo legal con su postura de indiferencia y generalidad para compensar la particularidad y la irrepitibilidad de la circunstancia concreta y única.

El feminismo shakespereano se aborda desde una perspectiva de negación y ambigüedad. La mujer es «a constantly travestied text, perpetually open to misreading». Ella parece caracterizarse por la ausencia, la carencia, la no posesión. De ahí su afán posesivo y completo para contrarrestar esta situación dada. Pero si en la mujer hay un deseo profundo por llenarse de lo que no tiene, también el hombre muestra una delirante pasión por la posesión de lo que aún le falta. Esto puede explicar la importancia de los celos dentro de la sexualidad humana. Othello vive sumido en una verdadera paranoia de celos. Su problema fundamental es de interpretación al dar una excesiva importancia a

los detalles más significantes con una sistemática desconfianza en las apariencias. Es en definitiva un personaje en busca de algo que no existe en realidad. Esta negatividad existencial también es vivida por Hamlet, pero de forma distinta. Lo que éste experimenta es una desbordante melancolía, caracterizada por una abierta vaciedad y donde todo valor se disuelve en la náusea de la nada.

En los dos últimos capítulos se analizan dos conceptos claves dentro de la dinámica marxista, cuales son el valor y la división de clases. Sinceramente creemos que no ofrecen mayor interés, siendo resultado de una predisposición crítica anterior. En el intercambio social el valor de los bienes materiales crea las condiciones necesarias requeridas para el desenvolvimiento dialéctico de las relaciones sociales. Para ello se hace el análisis del comportamiento de tres «Shakespeare's big spenders». Ellos son Timon, Antony y Cleopatra. En el caso del primero su altruismo no es sino una larvada manifestación de un egoísmo brutal. Sin embargo esta dadivosa e ilimitada generosidad va a significar la ruina al aumentar el número de sus deudas. Por el contrario la relación utilitaria que se da entre Antony y Cleopatra es más rentable y enriquecedora.

*William Shakespeare* es un intento válido de aplicación general de los principios marxistas a la dramática shakespereana. Sin embargo creemos que este objetivo se lleva a cabo de una manera demasiado ambiciosa, subjetiva y exclusivista. A veces no es más que una proyección de unos presupuestos previos. Asimismo pensamos que la gran cantidad de obras shakespereanas estudiadas es excesivas, lo que hace que con frecuencia aparezcan divagaciones genera-

lizadas de escaso valor crítico, aumentando así la oscuridad y dificultad de comprensión del texto que en más de una ocasión da la sensación de ser un pretexto para la exposición de una determinada teoría. En suma estamos ante el comienzo de una línea de investi-

gación dentro de los estudios críticos shakespereanos que con una mayor objetividad y profundidad puede ser fructífera e innovadora.

*José Manuel González*

